Arte y Letras

¿Ha producido el Austria un nuevo Wagner?

La música alemana surge de la guerra con una sola adición notable, a juzgar por los datos revelados desde él establecimiento de la comunicación con la Europa Central. La música ha sido cultivada durante la guerra con una asiduidad y una pasión desonocidas hasta en la misma tierra tradicional del arte musical. Pero era siempre en los viejos, conocidos y familiares clásicos en que buscaba el pueblo un refugio a las penosas emociones de la guerra. Las composiciones nuevas, ni abundan tanto, ni eran de la misma selecta cualidad que las de antes de la guerra: la fuerza creadora parecía haber sido sofocada por el terrorífico empeño destructor en que todo el pueblo estaba engolfado. De todos modos, nada genuinamente original y atrevido produjo en todo este tiempo el genio musical alemán, con sólo una excepción.

Pero lo curioso es que esta excepción no la ha producido un compositor alemán, sino un austriaco, un músico que nació y se crió en el soleado Sur, allá en Mónaco.

Franz Schreker—que este es su nombre—no era desconocido antes de la guerra. Su primer éxito, que fué en 1912, tuvo tal fuerza de gravedad, que lo llevó a los umbrales mismos de la Opera de París, cosa sin precedentes para un compositor alemán que estaba al comienzo de su carrera. Diez días antes de la declaración de guerra, la ópera de Schreker «Derferne Klang» (El sonido lejano) fué aceptada defintivamente por las autoridades francesas y la contrata firmada. Los críticos franceses que habían oído la ópera en Alemania habían escrito con entusiasmo acerca de ella, y Henri Quittard, en el «Fígaro» de París, había declarado que su autor era "uno de los más originales e interesantes de la época actual."

En su propio país la opinión sobre Schreker no era unánime; contaba allí con violentos partidarios y con no menos violentos detractores y su obra próxima «La Princesa y su juguete», fué recibida en Viena con silbidos de protesta. Pero hoy, después de la reciente presentación de su tercera obra grande «Die Gezeichneten» (Hombres de marca) se saluda al autor como a un segundo Wagner, como "la única esperanza del drama musical alemán y un genio sin igual en su generación." «Die Gezeichneten» fué representada primero en Frankfort, en Abril 25 de 1918, y ahora está recorriendo en triunfo los teatros de ópera de Alemania y Austria.

Hay que hacer notar que Schreker es alabado no solamente como músico, sino también como dramaturgo musical. De igual modo que su gran predecesor, él mismo escribe sus propios libretos. Sin duda que otros autores han venido haciendo lo mismo, pero en opinión de Paul Bekker, el crítico de la «Gazette» de Frankfort, sus libretos nacen directamente del mismo impulso creador de la música, que era lo que pasaba con Wagner, y con ningún otro compositor desde él. Este crítico eminente ha dedicado varios artículos a un análisis de la obra de Schreker, llegando a la conclusión de que Schreker es el único entre sus contemporáneos cuya vocación genuina es el drama musical y que se ve empujado a trabajar por una natural y avasalladera vocación por el teatro y la escena.

El libreto de «Die Gezeichneten», al igual que los de otras de sus obras, revela un talento poético de primer orden. Como creaciones literarias tienen un gran valor, independientemente de la música, y en tal virtud son, quizás, superiores a las del mismo Wagner. Están escritas en verso, con metrificación libre, y tienen una expresión vigorosa y pintoresca. Sus dramas recorren desde la medioeval fábula fantástica hasta el moderno realismo, pero siempre tienen un fondo de simbolismo y un problema psicológico que queda sin resolver. Tiene una pasmosa facilidad para componer escenas de color y movimiento, unas veces en la Italia del Renacimiento, otras en la Alemania medioeval y

otras en el tumulto de las ciudades modernas. En «Hombres de marca» hace una pintura de la Génova del siglo XVI, y su héroe, un símbolo de los «Hombres de marca»—personaje con un exterior deforme y dotado de la inextinguible ansia de la belleza—posee una isla elísea que, a instancias suyas, los maestros de su tiempo han convertido en una mansión de arte, una tierra encantada tal como solamente la magia de una gran imaginación pudo crear.

Cada escena, cada frase de sus poemas, pide a gritos expresión musical y es en esto en lo que Schreker es verdaderamente un maestro. Si hemos de creer a los críticos alemanes, en él se combinan todos los medios de expresión desarrollados por Strauss y Debussy en un nuevo lenguaje musical que él usa como vehículo de un "sentimiento verdaderamente genuino." Oigamos al crítico del «General Anzeiger» de Frankfort:

"Como Strauss, Schreker abunda en los amplios gestos musicales y en los patéticos momentos. Pero sus raptos pasionales parecen más sinceros, más esplendorosos, y, con toda su sensualidad, más sagrados. De Debussy él ha aprendido a matizar de innumerables colores su paleta orquestral y a entrelazar hábilmente las más delicadas armonías, pero no ha hecho suya la práctica de las vagas y apenas sugerentes, de las «flotantes» maneras de expresión que en la música de Debussy sorprenden a uno tan a menudo. Y así tenemos el raro espectáculo de un joven poeta del sonido que aun en sus tempranas obras se ve libre de reminiscencias, hasta el punto de obligarnos a declarar que su lenguaje es el suyo propio, un lenguaje altamente expresivo, vital e interesante."

Que Schreker domina todos los recursos de la composición ultramoderna es cosa que no admite discusión. Su contrapunto se considera más complejo que nada de lo conocido hasta hoy, y, sin embargo, jamás es confuso ni desconcertante en sus efectos. En la escena de «la taberna» en «Der Ferne Klang», por ejemplo, combina varias clases de música: en el piso alto, una canción popular con acompañamiento de piano, en el café una orquesta de «tziganes», y otra de mandolinas y guitarras destacándose simultáneamente con la estructura temática independiente de toda la orquesta que acompaña los coros y a los cantantes. Sin embargo, el efecto es tan agradable como natural. Por otra parte, su armonía es tan libre que casi es una negación virtual de toda tonalidad; raras e independientes armonías se superponen, produciendo el más asombroso y delicado de los efectos. Los efectos impresionistas los consigue sin apelar a la escala de tono completo que tanto cultivan los modernos impresionistas franceses. Finalmente, su orquestación es de una gran variedad, finura y complejidad. A la orquesta corriente, añade un número de instrumentos de viento—por ejemplo, tantos como ocho clarinetes, con partes independientes —; al arpa la acompaña con un piano y una celesta y el efecto es de una variedad casi oriental. Schlemüller, escribiendo en el «Signale für die Musikalische Welt», dice:

"El efecto que de este modo obtiene es sencillamente único. Cuerdas suaves, etéreas, entre las cuales las notas de una trompa caen como gotas rojas de sangre; frases de instrumentos de madera iluminadas debidamente por los golpes de un tambor, y aquellos susurrantes, mujidores, hondos murmullos que Debussy aprovechó primero, pero que Schreker ha logrado espiritualizar en un grado mucho mayor."

Todas sus obras tienen una gran complejidad que las hace muy difíciles de representar. El «Ferne Klang» necesitó, según dicen, ciento cincuenta ensayos en Munich antes de considerársele en condiciones de presentarse. A pesar de esto, todos los teatros de mediana capacidad en Alemania están en reñida competencia para representar sus óperas. La última nueva representación de «The Gezeichneten» en Nuremburg dió por resultado veinte funciones en cada una de las cuales el teatro resultó insuficiente para la aglomeración del público. Su nueva ópera «Der Scharzgräber» se va a representar en el Otoño.

Schreker tiene poco más de cuarenta años y está ya en el pináculo de su fama. Sus primeros años fueron tan llenos de miseria como los últimos de éxitos. Se vió obligado desde muy niño a sostener a su familia. El Conservatorio de Viena simpatizaba muy poco con sus ensayos y le amenazó hasta con expulsarle antes de terminar el curso. Pero él fundó el Coro Filarmónico de Viena y con él dió representaciones que le comenzaron a hacer famoso en Europa. El mediano éxito que alcanzó su primera ópera dió lugar a que se le nombrase profesor de composición en la Academia de Música de Viena, puesto que todavía ocupa.

El servicio principal de Schreker al arte contemporáneo consiste en estimular de nuevo poderosamente el interés por la música. Ya él ha inspirado controversias sobre las cuestiones más fundamentales. En esto se parece a Wagner, aunque uno de sus críticos ha dicho que él dará su nombre a una época

entera, como le aconteció, por ejemplo, a Beethoven. El constituye un reto a su generación.

Los estudiantes de crítica y de historia musical han de impresionarse por la semejanza que existe entre la carrera de Schreker y la carrera de músicos como Berlioz, Bizet y aun Wagner. Tenemos en todos los mismos fracasos al principio y el mismo repentino vuelo hacia la gloria más tarde. Por desgracia para Schreker, parece haber conquistado a su público antes de que haya habido una verdadera aquilatación de sus obras. Nunca puede uno estar seguro de que él no es un producto de la moda, una chifladura del momento. El no se ha visto obligado como Bizet a esperar el veredicto de una generación posterior a la suya. Es como Wagner, que vivió para gozar de las dulzuras de la consagración. Hay, sin embargo, un tono marcadamente partidarista en las apreciaciones que de él se hacen que justifica cierta reserva. Schreker es, o bien un supremo genio, o bien un supremo impostor, como Offenbach. Sea cualquiera la punta de este dilema que los críticos escojan, el hecho cierto es que para el público no existe tal dilema: lo único que existe es Schreker; ¡Schreker!

Las tribulaciones del famoso violinista Kreisler

El gran violinista austriaco Fritz Kreisler está siendo el centro de una verdadera batalla entre los ultra-patriotas americanos, que no quieren cuentas ni con la música ni los músicos de ninguno de los países que fueron enemigos durante la guerra, y los que consideran que las manifestaciones artísticas e intelectuales no tienen patria. El célebre músico no ha tenido dificultades en New York, antes al contrario, goza de una popularidad tan grande que cada uno de sus conciertos en Carnegie Hall ha sido vendido mucho antes de tener lugar; pero en otras ciudades del país no sólo ha tropezado con enemigos declarados, sino que se le han cerrado las puertas, y hasta apagado las luces de los salones. Existe una asociación en los Estados Unidos conocida con el nombre de «American Legion», donde figuran todos los «super-patriotas», que es la que está dando más fieramente combate tras combate contra el famoso violinista.

En Utica una multitud colérica de miembros de dicha Asociación, a la cual logró la policía contener cuando trató de forzar la entrada en el edificio donde se daba el concierto, cortó los alambres de la luz eléctrica y dejó a obscuras el salón. Kreisler continuó tocando durante unos cuarenta minutos en plena oscuridad.

En Grand Rapids el violinista canceló un contrato a causa de la protesta del Comité local de la «American Legion» y lo mismo le sucedió en Battle Creek. En Louisville el concierto se tuvo que suspender indefinidamente, a causa de una protesta escrita que circuló en contra del violinista y en la que el Comandante McMeekin, miembro de dicha Legión, se expresaba así:

"Me puedo explicar que aquellos que no fueron sustraídos a las ocupaciones ordinarias de la vida y lanzados al torbellino de la guerra, puedan haber olvidado en el transcurso de un año. Pero nosotros no podemos olvidar tan pronto. Las bombas explosivas de Chateau-Tierry, Argonne y Champagne están demasiado vívidas en nuestra memoria. Los compañeros que no pudieron volver, víctimas del prusianismo por el que Kreisler desenvainó su espada, nos han dejado un recuerdo demasiado sagrado para permitirnos permanecer indiferentes."

Hay que decir en honor del presidente del Comité de la «American Legion» en New York que, para combatir prácticamente esta forma, la más grotesca, del fanatismo chauvinista, suscribió una invitación especial para Kreisler, ofreciéndole sus buenos oficios para que diese algunos conciertos en New York.

El libro de un Alcalde y Senador francés—"Creer", por Edouard Herriot, Alcalde de Lyons y Senador por el Rhone: París: Payot & Co.

E. EYRE HUNT

(De "The New Republic")

Los amigos de Francia han visto su amistad ruda y tristemente sacudida durante el año transcurrido desde el armisticio. A veces parecía como si un maligno demonio se hubiera hecho cargo de sus asuntos desde la «victoire intégrale» y como si los sórdidos espíritus de todos los desacreditados manipuladores políticos desde el Rey-Sol para acá hubieran invadido y tomado posesión de la amable tierra de Francia. Es ahora cosa aceptada que Francia ha echado a perder la Liga de Naciones; que sus maniobras han dado por chocante resultado la Triple Alianza con Inglaterra y—si el Senado quiere—con nosotros; que ella apoyó la intervención rumana en Hungría y que, si no decididamente amiga, no ha sido adversa de ningún modo a la política del Archiduque José en su tentativa de restaurar a los Hapsburgos.

Ella ha reñido—con éxito—con Inglaterra, por causa de Siria; ella ha reñido—no con la misma suerte—con Italia, sobre lo que se ha de hacer con los territorios desmembrados del viejo imperio austro-húngaro. Si riñera con nosotros, siempre quedarían miles entre nosotros dispuestos a pagar con intereses compuestos «la deuda de Lafayette». Pero hay millones de nosotros que han amado y admirado a Francia, y que desean seguir amándola y admirándola, sin verse perpetuamente obligados a buscar disculpas para su política nacional e internacional.

El libro «Créer» podría haber sido escrito especialmente para nosotros, aunque está dedicado "a los jóvenes de Francia, para que sean más inteligentes y más estoicos que nosotros." Este libro representa un esfuerzo extraordinario para hacer el balance total de los recursos de Francia y de sus colonias, recursos tanto morales como físicos. Aboga por una total transformación de la política nacional por medio de la ciencia. Su doctrina es «producir o perecer». Y a la luz de una observación minuciosa, renglón por renglón, punto por punto, indica cuál debe ser el futuro de Francia. Capítulo tras capítulo los hechos se van eslabonando: su despoblación; su abandono criminal de los más elementales medios de combatir la disminución de nacimientos, el aumento de la proporción de muertes, la tuberculosis y el alcoholismo; sus grandes recursos minerales, especialmente su carbón, aluminio y fosfatos; su falta de minas de hierro; su inmensa y descuidada riqueza fluvial; sus atrasados sistemas ferroviarios y de acueductos; su incalificable negligencia para el fomento de los medios de transporte de las ideas, a tal punto que ella ocupa el último lugar entre las naciones civilizadas en el uso del correo, telégrafo y teléfono; sus anticuados y deficientes puertos; su enorme y alentador porvenir agrícola; su pequeña marina mercante; sus pescaderías; su necesidad de industrialización, y especialmente de una dirección científica; su necesidad de establecer organizaciones sociales y financieras para hacer frente a sus futuras necesidades; la labor de sus profesiones liberales; la reforma política; el renacimiento de sus artes; y el papel creador de Francia en el exterior. Que un libro como este haya podido ser escrito en Francia hoy es un signo que inspira confianza: que un estadista francés lo haya podido escribir es todo un río de esperanzas.

Edouard Herriot no es un desconocido ni en las letras ni en la política. Una obra suya reciente, «Agir», es la primera de una serie en la que «Créer» es la segunda y «Vouloir» —no escrita todavía—será la tercera. Como autor ya se ha distinguido notablemente; como educador es famoso—ha sido catedrático en la Universidad de Lyons—; y como líder político, da idea cumplida de su éxito el hecho de que es Alcalde de Lyons y Senador por el Departamento del Rhone.

Una de las notas de más relieve en el libro es la actitud del autor hacia Alemania y los alemanes. Combate indignado la corriente «chauvinista» actual que por odio a los alemanes se niega a aprender de ellos. Francia —dice él—debe ir a la escuela de Alemania lo mismo que a las de las otras naciones, pero no simplemente para tratar de imitarlas, sino para aprender a superarlas. Hé aquí un párrafo brillante a este respecto:

> "Estos procedimientos políticos de separación jamás dieron resultado. No hay ni estabilidad ni simplicidad en la idea de nación; son más de cincuenta los pueblos que han tomado parte en la formación de Francia; una nación se hace y se deshace sin cesar. La idea de raza no tiene ningún valor para los tiempos modernos; no es más que una palabra; un término apenas aplicable a los animales y a las plantas, y que debe ser empleado con respecto al hombre sólo con infinitas precauciones. La fatalidad histórica es un error. Sobre la vida de la nación o de la raza la voluntad debe actuar siempre, del mismo modo que interviene en la formación de las variedades hasta en las especies vegetales."

Con un espíritu tal agitándose en la Francia de hoy, nosotros los amigos de Francia bien podemos recobrar nuestra confianza. La lucha será larga y la victoria dudosa, pero este libro no sólo nos suministra material en apoyo de nuestra fe vacilante, sino que contribuye a crear una nueva fe, la fe sin la cual el sueño de los cientistas y la labor de los estadistas resulta estéril.

Dos libros importantes de Asia: "El núevo mapa de Asia", "El despertar de Asia"

(De "The Nation")

Dos libros muy notables acaban de ver la luz en los Estados Unidos, que han de contribuír mucho a una juiciosa rectificación de los groseros errores que aun entre personas cultas circulan con respecto al Asia.

La afirmación capital que sirve de base a los dos libros es esta: No habrá paz en el mundo mientras los asiáticos no tengan en su propio país los mismos derechos que tienen los europeos en los suyos. El autor del

titulado «El Nuevo mapa de Asia», es Herbert Adams Gibbons, que hace un estudio completo y muy concienzudo de la situación general de Asia. El autor del otro libro titulado «El despertar del Asia» es H. M. Hyndman, cuyo brillante análisis se limita a la India, China y Japón. Mr. Hyndman empieza por un resumen de las relaciones pasadas y presentes entre Europa y Asia, haciendo notar la deuda que Europa, la humanidad y la civilización tienen contraída con Asia. Europa no es en realidad—dice—más que una gran colonia del Asia que en el curso de miles de años se constituyó por separado. Si Europa fuese despojada de todos sus pueblos de antiguo origen asiático la mayor parte de la civilización occidental desaparecería." Pero lo que el autor cree de mayor importancia es lo que Europa debe al Asia en materia de cultura.

"Eliminemos los descubrimientos e invenciones fundamentales que debemos al Asia, y todo el edificio de nuestras actuales instituciones se vendría abajo. Los tejidos de algodón, la seda, la porcelana, la brújula, la pólvora, el Algebra, la Geometría y la Astronomía, y una gran parte de nuestra Arquitectura y Agricultura, con muchas de nuestras frutas y flores, nos vinieron de ese continente."

Además, afirma Hyndman, todas las grandes religiones del mundo vinieron del Asia. La filosofía, la música, la medicina y las bellas artes nacieron allí. Ha sido un bien que Mr. Hyndman se haya tomado la molestia de recordar a sus lectores estos hechos elementales de la historia, pues sabido es la gran idea de su propia importancia que tiene el hombre del Oeste y sus supersticiones sobre la superioridad del Oeste sobre el Este que le hacen mirar con aire de protección y de desdén todo lo que procede del Asia. Mr. Hyndman ha hecho bien igualmente en poner de manifiesto que el dominio político y económico del Asia sobre Europa es sólo cosa de ayer y que antes el Asia había dominado durante siglos la mayor parte de Europa. Primero vino la inmigración aria. Luego la de los turanios (más generalmente conocidos como los mongoles) que se extendió por el Sur de Europa, adueñándose de casi toda Rusia, de los Balkanes y de Hungría hasta el siglo XV. Estas dos olas fueron seguidas de las invasiones árabe y turca. La primera, cubriendo todo el Sur de Europa y avanzando hacia el Norte hasta ser detenida por Francia; la segunda llegando en marcha triunfal hasta las puertas de Viena, donde fué detenida por los cristianos coaligados.

Pero el mérito principal de los dos libros está en la luz que arrojan sobre los procedimientos y desarrollo en Asia del «dominio eminente» de Europa. Ambos escritores han demostrado tal dominio del asunto y tal respeto a la verdad en sus investigaciones, que no conocemos nada sobre la materia que pueda compararse en su valor informativo con ellas.

Mr. Gibbons nos lleva paso a paso a través de los vericuetos laberínticos de la diplomacia europea a medida que ésta ha venido haciendo sus jugadas favoritas en Annam, Indo-China, Siam, Persia, el Cáucaso, Turquía, el Asia Central, Afghanistan y Siberia, con el sólo objetivo de conseguir sus fines por las buenas o las malas, echando a un lado todos los principios de justicia y de moral. Para los gabinetes y cancillerías europeos, la moral consistía en una sola cosa: la extensión y expansión de los dominios imperialistas y la esclavitud política y económica de los pueblos conquistados. El único derecho internacional en Asia, según este autor, era la ley de la fuerza. Los asiáticos carecían de derecho. Ellos habían venido el mundo solamente para ser sacrificados como peones en el juego de ajedrez internacional en que la diplomacia europea es tan diestra.

No se necesita ningún comentario para hacer llegar hasta el lector la idea de la crueldad, inmoralidad, hipocresía y brutalidad de las potencias europeas en sus tratos con las razas asiáticas. Y esto es una verdad en cuanto a todas las naciones de Europa que se han adjudicado el dominio eminente de aquel continente: ingleses, franceses, rusos y alemanes. Todos han seguido la misma táctica y las mismas prácticas. Todos han prestado dinero a los gobernantes asiáticos, sin tener para nada en cuenta para qué lo querían; han empujado a estos gobernantes deliberadamente por el camino de la bancarrota, sin respeto alguno a los derechos de los pueblos; han demandado el traspaso de los derechos de soberanía de los pueblos; han establecido esferas de influencia y entrado en pactos con otros poderes europeos, sin consultar en lo más mínimo ni a los gobernantes asiáticos ni a los pueblos. Mr. Gibbons ha demostrado que cada vez que una potencia europea ha necesitado de una excusa para intervenir ha provocado deliberadamente actos ilegales, lo que prácticamente ha obligado a los nativos a sublevarse contra los extranjeros. Hablando de Persia, observa que "antes que Rusia e Inglaterra comenzaran a intervenir en los asuntos interiores de Persia, la animosidad contra los extranjeros no se conocía allí," y lo mismo es prácticamen-

te cierto de todo país asiático. Mr. Hyndman hace la historia de una cadena de provocaciones vergonzosas perpetradas en China, en el Japón y en la India. Cuanto a los sucesos recientes de la India, Mr Gibbons no les concede mucho espacio, si bien hace notar el crecimiento y vigor que va adquiriendo el movimiento nacionalista, y afirma que la política inglesa en el resto del Asia se ha inspirado siempre en el deseo de mantener el predominio absoluto de los intereses británicos en la India. Al hacer notar la determinación de Inglaterra a resistir por todos los medios a su alcance cualquier esfuerzo de otra nación para establecerse en el Golfo Pérsico, dice que "el viejo argumento (la necesidad de asegurar el dominio inglés en la India) que se aplicó desde Gibraltar hasta Shanghai fué suministrado por Lord Lansdowne. Inglaterra «tenía el derecho» de proteger la India, y con este derecho iba el monopolio virtual del comercio en todos los lugares donde el tal derecho de protección se ejercía.

Lo que Persia ha tenido que soportar desde el comienzo de 1912 debiera enrojecer de vergüenza el rostro de todo europeo y obligar a aquellos que se dedicaron sin vacilar a la derrota del imperialismo alemán en Europa a demandar de sus propios gobiernos el abandono completo del imperialismo en las naciones asiáticas. Pero ¿quién va a demandar y quién a conceder cuando todos están infestados de la misma enfermedad? Desde que este libro entró en prensa el tratado anglo-persa ha sido firmado y al historiador no le queda sino escribir el epitafio sobre la tumba de aquel desdichado país. Cuando Mr. Gibbons escribió su libro se preguntaba "si habría todavía en el mundo eso que se denomina conciencia internacional, para crear y conservar una liga de naciones." Nosotros nos preguntamos qué diría él—el autor citado—ahora que la sociedad de naciones ha reconocido un protectorado inglés en Egipto y en Persia y la ocupación japonesa de Shantung.

Se nos dice a menudo, en son de crítica de los movimientos nacionalistas de Egipto, Turquía, Persia, India y China, que la agitación legítima en estos países en pro del gobierno propio y de las instituciones democráticas está contagiada de xenofobia; pero Mr. Gibbens pregunta si ello no está en el orden natural en todos los movimientos democráticos, y si los europeos y americanos que critican la forma y los métodos de los movimientos políticos, asiáticos y africanos, se están olvidando de su propia historia.

Leonidas Andreyeff

A mediados de Septiembre de 1919 bajó a la tumba Leonidas Andreyeff, uno de los más prominentes y de los más originales escritores rusos. Acerca de él encontramos una crónica del escritor americano Moissaye J. Olgin, que es el trabajo que más suscinta y concienzudamente puede dar una idea general de la formidable labor de pensamiento del gran escritor. La reproducimos íntegra a continuación:

Una inteligencia herida.—Leonidas Andreyeff (1861-1919)

"He atravesado muchas tierras y pueblos y en ninguna parte he encontrado un hombre libre—dice uno de los héroes de Andreyev—. He visto solamente esclavos. He visto las jaulas en que residen, las camas en que nacen y mueren; he visto sus odios y sus amores, sus pecados y virtudes. Y sus placeres los he visto también: todos, míseros esfuerzos para resucitar una antigua alegría. Todo cuanto vi llevaba el sello de la estupidez y de la locura... entre las flores de una tierra hermosa habían construído una casa de locos."

Estas palabras podrían tomarse como el lema de casi todas las obras de Andreyev. Andreyev impugna los fundamentos de nuestra vida. Las cosas que el género humano toma por establecidas, él las somete a un implacable escrutinio, sólo para llegar a la conclusión de que hay «locura y horror» en todas partes. La existencia humana, el pensamiento humano, las acciones y valoraciones humanas, todo le parece lleno de problemas exasperantes que no conceden sosiego ni dicha a una mente inquisitiva. El más simple de estos problemas es, quizás, el problema de lo sub-consciente. El hombre nunca sabe lo que va a hacer dentro de pocos minutos. "Miles de vidas están presentes en mi alma" —dice Andreyev en uno de sus ensayos—de las vidas que precedieron a mi nacimiento. Toda vida habla su propio lenguaje." ¿Puede haber esperanza alguna de libertad para el individuo?

Andreyev produce una obra tras otra para expresar esta falta de libertad. Las pasiones del hombre son la fiera abismal que está siempre agazapada en los escondrijos del alma humana. El pensamiento humano es un arma traidora que se vuelve contra su dueño en los momentos más críticos. El hombre está limitado a su conciencia individual, no pudiendo jamás lanzar una mirada bajo el cráneo de otro ser humano. El hombre

bertar la tierra, redimir el pensamiento, abrir un nuevo y grande mundo desconocido.'' En «Oscuridad» (1907), un terrorista, un idealista, hace esta pregunta: ''¿Qué derecho tiene un hombre para ser bueno en vista de tantos despojos de pecadores cuyos pecados no son culpa suya?'' «El Rey-hambre» (1908) es una pintura de las huelgas generales rusas ocurridas en el 1906, de igual modo que «Hacia las estrellas» (1906) es resultado directo de las numerosas insurrecciones armadas ocurridas en las ciudades rusas en el mismo año. El protagonista de «Sashka Zhegulev» es el director de una partida de «expropiadores», medio bandidos, medio revolucionarios, de las que pululan en Rusia después del fracaso de la revolución. «Los siete ahorcados» (1909) expresa el horror e indignación de la Rusia intelectual en presencia de los numerosos cadalzos levantados por la autocracia para castigar a sus adversarios políticos. «Las tristezas de Bélgica» (1914) es un himno al abnegado espíritu de aquel pequeño país bajo la invasión alemana.

En todas estas obras Andreyev se interesa, no tanto en los acontecimientos mismos o en sus consecuencias, sino en su significado para la conciencia humana, en sus roces con los problemas universales de la existencia. En este como en todos los otros aspectos de su actividad creadora, Andreyev es el portavoz de la Rusia intelectual, que despertó al progreso moderno del letargo de su sistema patriarcal para entrar en las complejidades de la vida. La Rusia intelectual fué puesta de repente ante una tarea enorme. La alternativa entre el sacrificio heróico por una causa colectiva y la cobarde abstinencia de las tareas constructoras de la vida se le presentó a todos los individuos conscientes. La vida misma estaba experimentando cambios catastróficos. Todo estaba convulso, estremecido, evolucionando hacia nuevas formas. Parecía como si una mano poderosa hubiera sacado de quicio todas las instituciones, poniendo al descubierto sus cimientos.. El intelecto ruso estaba engolfado febrilmente en la tarea de analizar la vida, de dar solución a los más incrincados problemas. Y estaba en la naturaleza del ambiente ruso el matizar todos estos jadeos con los negros colores de la tristeza, el tedio y el pesimismo. Andreyev fué el escritor encargado de encarnar este espíritu de intranquilidad intelectual en sus artísticas pinturars. Cuando él formulaba y las convertía en imágenes vivas. La repercución fué inmensa.

Andreyev nunca se contentó con escribir una novela por la novela misma. Cada novela o drama de los suyos representa un problema. El plan es algo así como ésto: suponiendo que un hombre se ha puesto en determinadas condiciones y sometídose a ciertas experiencias ¿cuál sería el efecto moral o espiritual de ellas? El medio y las circunstancias se convertían de este modo en asuntos de secundaria importancia, pues el centro de gravedad quedaba puesto en la reacción moral o espiritual.

La forma misma pasaba a segundo término. Ninguno de los escritores rusos ha cambiado tan a menudo de estilo y a ninguno resulta tan difícil de encasillar dentro de una escuela. En sus primeras obras (1898—1902) Andreyev está todavía bajo la manifiesta influencia de Chekov y puede ser clasificado como perteneciente a lo que vulgarmente se designa con el nombre de escuela realista. Sin embargo, ya «La Muralla» (1901), con sus leprosos que tratan vanamente de destruír o salvar la implacable, y eternamente callada, gran muralla que se levanta entre ellos y lo desconocido, ofrece todos los rasgos de una obra simbólica. Y lo mismo «El Océano» (1911), una tragedia que, usando de las palabras de un crítico ruso ''es un himno al caos,'' ''a esas inmensas, inconquistables fuerzas elementales de la vida, a esas nuevas y terribles potencias que rebasan todos los límites de la obra creadora consciente.'' «La vida del hombre» (1907) introdujo un método bautizado en Rusia con el nombre de «esquematización», en tanto que «El Rey-hombre» y los «Himnos negros» están llenos de alegorías. El método de Andreyev nunca es el mismo en dos producciones sucesivas; sin embargo, siempre es el mismo su apasionado temperamento, su ímpetu furibundo, su intrepidez implacable para no detenerse en su análisis ante las más penosas heridas, su prodigiosa imaginación, y la fuerza de expresión colosal que hace que basta las acciones más abstractas de su mente palpiten con una vida intensa, haciéndodonos sentir, por ejemplo, en nuestra propia carne el dolor desgarrador de un don Lorenzo o un Judas Iscariote. Es la personalidad de Andreyev la que presta unidad a todas sus producciones. Por esta fuerte personalidad la Rusia pensadora amó a Andreyev y le coronó entre los maestros de su pensamiento.

por su asombrosa verdad y después por su asombrosa belleza.

Edward Moore no está de acuerdo con Hugh Walpole, quien dijo que en las obras de Conrad se echaba de ver su buen gusto. Si hay una cualidad ausente en absoluto en las obras de Conrad—dice Moore—es la del buen gusto:

"Balzac poseía buen gusto, Stendhal poseía buen gusto y uno puede imaginarse la gloriosa e inmortal figura que el último habría hecho de Nostromo. El temperamento de Mr. Conrad le prohibía hacerlo. Y así Nostromo es una figura espléndidamente diseñada, pero no una espléndida figura: Conrad no nos permitiría engañarnos acerca de esto ni por un momento. Y la causa de ello, repetimos, no es otra sino que la cualidad que le distingue no es la del gusto sino la del interés—el interés más alerta, el de más alta tensión—pero nada más que interés. El estudia a los hombres; pero no se deja arrebatar por ninguno. El heroísmo mismo, que asoma tan a menudo en sus páginas, no lo arrebata. 'Toda pretensión de virtud especial'—ha dicho—'despierta en mí el desprecio y la cólera de que una mente filosófica debe estar libre,' y sus novelas son su mejor comentario de este aserto. Es un estudiante del heroismo; observa cómo el espíritu responde a lo incierto, al peligro, a la desgracia, y se interesa en recoger las respuestas."

Este temple de alma es el que ha hecho de Conrad quizás el más grande psicólogo conocido desde Dostoievsky. Pero es también lo que le ha condenado a verlo todo en los hombres menos el espíritu. Debemos, sin embargo, recordar—sigue diciéndonos Moore—que otros escritores, muy grandes escritores, no nos han hablado tampoco del alma del hombre. Y comparando a Conrad con los grandes maestros literarios, dice:

"Sin embargo, es lo cierto que los personajes de Shakespeare, de Fieldings, de Scott, aunque no de una manera expresa, revelan sus relaciones con Dios, pero los personajes de Conrad no muestran ninguna relación con Dios. Y esto es porque ellos no son ni hombres ni mujeres (es al mismo tiempo una censura y un elogio al arte de Conrad considerarlo así); ellos son algo mucho más definido que eso: son «specimens» de humanidad coleccionados y catalogados con increíble destreza. Lord Jim es un «specimen», James White, es un «specimen», Heyst es un «specimen». Pero los «specimens» no tienen alma. Los novelistas de la tradición clásica. Fielding, Scott, Balzac, nos dieron figuras menos acabadas, menos definidas en sus contornos que las de Conrad, pero les imprimieron el amplio movimiento de la vida. Sus tipos, en una palabra, habitaban en el mundo. Pero los tipos de Conrad existen aislados por la resolución del autor de estudiarlos; existen en un laboratorio de psicología. Y la diferencia no es una diferencia de método solamente. Los tipos de Fielding llevan consigo el fondo en que se mueven, porque el alma está implícita en ellos; los de Mr. Conrad permanecen solitarios porque en ellos no está implícita. No todo en ellos ha sido observado—lo cual negaría a Conrad el don de imaginación que posee en tan alto grado—; pero son cosas que siempre pueden ser observadas."

Hugh Walpole, el joven autor inglés que ha estado dando conferencias en los Estados Unidos, atribuye a Henry James y a Joseph Conrad el mérito de haber influído más que nadie en el progreso de la novela inglesa durante las dos últimos décadas, afirmando, sin embargo, que es a James a quien se debe principalmente que el descuido haya desaparecido casi totalmente de las obras de los novelistas ingleses y que la novela haya alcanzado su actual alto rango en la literatura del mundo.

Un Santo Internacional.—Santa Claus

Los niños judíos y japoneses que año tras año saludan a Santa Claus en las calles de New York, no saben hasta qué punto es internacional el personaje a quien tanto honran. Definitivamente arraigado en New York, el colorado santo está, como la misma New York, compuesto de muchos elementos.

Este santo fué originariamente, de acuerdo con la leyenda, un obispo cristiano de Myra en el Asia Menor, que sufrió persecuciones de Dioclesiano. En el siglo XI su culto, arraigándose primero en Italia, se extendió rápidamente por la Europa occidental; él era el más popular de los santos medioevales; llegó a ser patrón de Rusia y sólo en Inglaterra se le dedicaron cerca de cuatrocientas iglesias. De los Países Bajos saltó al nuevo mundo, donde al decir de la tradición se le dedicó a él la primera iglesia holandesa que se erigió en América. Su día, Diciembre 6, uno de los cinco días festivos del nuevo año de Amsterdam, era de interés

especial para los niños. Poco a poco, a medida que la nueva Holanda se convertía en New York, la fiesta de los niños holandeses se fué confundiendo con la de Navidad que celebraban tanto los holandeses como los ingleses.. La última de estas dos fechas eclipsó a la otra, pero San Nicholas, cuyo nombre se americanizó hasta convertirse en San Claas primero y luego en Santa Claus, presidía la doble fiesta. En los primeros tiempos él venía cabalgando en su gran caballo, descendiente del Sleipner de Odin, que todavía hasta hoy sigue montando en Holanda; pero en una fecha que no se determina cambió su caballo por un trineo tirado por el reno que figura en su leyenda.

Desde el principio traía regalos para los niños buenos, que antes ponían sus zapatos en lugar propicio para acoger sus favores, pero después empezaron a colgar sus medias, hábito que, según Brand, era observado en ciertos conventos de Francia y de Italia. De todas estas costumbres, compuso en 1893 el autor Clement C. Moore su clásico poema épico infantil titulado "Una visita de San Nicholas." Desde entonces el Santo ha podido irse asimilando más y más material; por ejemplo, el árbol de Navidad de los germano-americanos, desde el cual distribuye millones de regalos en miles de iglesias.

En la Edad Media no solamente los niños reclamaban su protección especial, sino también todos aquellos que sentían algún temor de acudir a un tan brillante y ocupado patrón como San Jorge. San Nicholas era el patrón de los labradores, de los marineros, de los comerciantes ambulantes, en general, de todos los viajeros en la hora del peligro, y, además, de los prisioneros, esclavos, huérfanos y escolares; el campeón legendario del débil contra el fuerte, del pobre contra el rico, de los oprimidos contra los opresores. En tal carácter inspiraba plegarias a la gran comunidad internacional de los desvalidos. Llegó a adquirir tal renombre como donante de regalos, que cuando la Reforma ahuyentó a la mayor parte de los santos a él le permitió quedarse, dejándole que siguiera realizando su milagro anual de generosidad. Los niños le querían y era inútil que protestasen los reformadores. En los Estados Unidos él es el único Santo que, fuera de la comunión romana, subsiste aún. En una Noche Buena que nos sorprende a todos abrumados bajo tan colosales desgracias, sirve de alivio el recordar cuán tenazmente la imaginación de una gran parte del género humano ha conservado por tantos años su adhesión a un santo que es el símbolo y la esencia misma de la buena voluntad.

Semblanzas de políticos.—Maura

Entre las novedades literarias españolas, figura la "Semblanza de Políticos" que el brillante semanario "España" ha iniciado en su número del 20 de Noviembre mediante concurso entre los escritores del país, estimulados al efecto con la oferta de un premio de 150 pesetas a la que resulte favorecida por el sufragio de los lectores en plesbicito, La que reproducimos a continuación, del escritor Felipe Alaiz, nos parece admirable de audaz observación y de modernidad. El espectáculo de renovación ideológica que está dando 'España' es verdaderamente bello y alentador

El Estado-esponja

Las disputas que se refieren a distancias, se prolongan porque no se hace lo único que importa en un litigio sobre distancias: medirlas.

Medir es precisar y desechar argumentos, ditirambos y denuestos que sólo tengan valor casero. Aterricemos del monoplano de ilusión para plantear una dialéctica rigurosa y pitagórica sobre Maura, en función de los valores concretos que ha fortalecido.

Maura cree en el Estado clásico y en los poderes del Estado clásico. Ha venido a fortalecer el Estado. En todas las arengas mauristas, se dice que precisa vigorizar el Estado. Ahora bien: el Estado, para sus exaltadores, aparece como sublimidad impalpable y espiritual, pero inmediatamente después de extinguidos discursos y luminarias, aparece atribuído el Estado a entes materiales, vulgares, palpables y con excelente apetito.

Por consiguiente, pesemos, contemos y midamos. Tenemos cifras que caben perfectamente en una realidad matemática. Zaragoza paga al Estado cada año veinticinco millones y recibe, en el mismo tiempo, cinco millones en servicios. El resto es el Estado, esto es, la revolución desde arriba, la luz, los taquígrafos, etc., etc.

Ya decía Costa que ser español era, entre otras cosas, un mal negocio. Hablemos del paradero de esos veinte millones y habremos de confesar que se derraman sobre partidarios del Estado que dan cada primero del mes un sablazo al Estado y se dedican, los veinte días restantes del mes, a cantar las excelencias del Estado.

¿Quiénes producen esos veinte millones? Representan contribuciones impuestas al trabajo ejecutado por gentes que no creen en el Estado del señor Maura. No importa quien las paga, pero siempre las produce el trabajo social.

He aquí que el Estado, idealizado en los discursos, se vulgariza para representar una cuestión de cobros y pagos, y en consecuencia, un pleito entre los que pagan y los que cobran.

Este criterio del Estado-esponja, no es exclusivo del señor Maura, pero está representado por él con encarnizamiento. La esponja se satura para Marruecos y para la escuadra, dos tragedias cómicas de nuestra vida colectiva, que nos cuestan más de un millón diario. Maura se opuso a la nivelación de Villaverde que era modestísima y con verdadera fiereza a los intentos de elevación pedagógica.

Clamó en las sesiones llamadas patrióticas, pero al descender de las nubes a la realidad, resultó que el español, al contrario que el señor Maura, tenía que callar y pagar. El idealista señor Maura era, después de sus discursos, un recaudador y un reclutador, o lo que es igual, un enviado celestial para los patiotas.

El Estado-adormidera

Ernst Toller, el dramaturgo tudesco, razona admirablemente el origen capitalista de las guerras y habla de la beneficencia bélica. Después de las batallas—viene a decir—, se fundan sociedades benéficas, eso sí, para los pobres heridos (a los que se quiere demostrar que han recibido, con la herida, una especie de premio de lotería) y en las listas de pacíficos burgueses, se lee: donativo del señor Consejero privado, tanto. Añade Toller: He ahí el Estado.

Tiene razón Toller. El Estado es, todo lo más, beneficencia. La legislación obrera maurista, catalogada por sus parciales con tanta fruición, no es más que beneficencia. Y ello es tan poco serio, como si se combatieran las dolencias con el producto de las adormideras y no con pedagogía y sanidad adecuadas que las eviten. La cuestión social no es de beneficencia, sino de justicia. El señor Maura se cree obligado, por ejemplo, a reglamentar el trabajo de la mujer embarazada en las fábricas. Perfectamente. Ahora queda esta consideración sencillísima: ¿El maurismo acepta un estado social en el que una embarazada tiene que ir a la fábrica, porque las damas mauristas cuando están embarazadas, no van a las fábricas.

La cuestión social—dicen los mauristas—, es cuestión de armonía. Y echan al vuelo las campanas líricas. Extinguido el fluído retórico, el idealista de la armonía, el hombre de los tópicos altruistas, actúa sobre números.

¿A qué complicar una cuestión de balances que es numérica y concreta, con la neblina discursiva? Si un patrono gana veinte mil duros líquidos al año, gana una suma perfectamente concreta. Discútase lo que aportan los obreros y lo que aporta el patrono a esa poducción concreta, veinte mil duros. Lo demás es retórica o ametralladoras.

¿Huelgas? ¿Molestan las huelgas a quienes huelgan todo el año y cobran por eso? Naturalmente.

En realidad, cada huelga va contra los que no trabajan en todo el año. Los obreros están un poco fatigados de sostener la beneficencia hospiciana desparramada por los escalafones y la esplendidez de un señor que gana veinte mil duros en un año sin hacer nada o todo lo más, llevando la gerencia de su negocio, lo que en una cooperativa de producción le supnodría mil quinientos duros al año, si fuera admitido, pero no veinte mil. En caso rarísimo de ruina ¿qué pierde el que nada produjo? Estas sustracciones de trabajo no pagado, van acumulándose y resulta la herencia, institución cardinal tan acorde con el maurismo, que es un partido de poseedores o cazadores de herencias y funcionarios de la ralea del señor Consejero privado en la obra de Ernest Toller.

El Estado de los señoritos

En los ratos de ocio, esto es, a diario, los señoritos mauristas quieren ser diputados o polizontes honorarios. D. Gabrriel Maura presentó su candidatura en las penúltimas elecciones generales, por el distrito de Calatayud y ofreció públicamente el doble de lo que pagara su contrincante por cada voto.

Parece un poco absurdo que don Gabriel Maura no quisiera combatir al adversario desplegando el programa maurista que consiste en hacer la felicidad, no sólo de Calatayud, sino de España entera, y supongo que en vista de las pruebas de honradez electoral dadas por el maurismo en su último estertor, don Gabriel Maura habrá sido expulsado del maurismo.

La petulancia representativa está en crisis. En la vida española van apareciendo hombres ocupados y preocupados en hacer su propia felicidad, exclusivamente. Estos hombres se unen con otros hombres que piensan lo mismo e inmediatamente son calificados de elementos destructores. Y se da el caso de que estos hombres, destructores, son los únicos que construyen. ¿No es cómico que un señorito maurista considere elemento destructor a quien construye, esto es, a un albañil?

El maurrismo no ha podido conseguir la felicidad de los españoles y sigue considerando que la posesión de la «Gaceta» es el camino seguro para aquella felicidad. Los pocos mauristas pobres, esto es, los amarillos más amarillos, se dedican a esperar la «Gaceta» y a pensar frenéticamente en ella co-

mo Aníbal pensaba en el Capitolio. Cuando Aníbal marchaba sobre Roma, se dirigió a sus huestes y dijo con ademán enteramente enérgico: "Antes de cinco días, quiero comer en el Capitolio." Un hombre que pensaba en el Capitolio para comer, tenía que ser maurista. Para comer y para tener mando, que es lo que significa gobernar. Afortunadamente, la sensibiidad eepañola se va cansando de ser gobernada y dice a voz en grito: "No se trata de que nos gobiernen mal ni bien; lo que queremos es, sencillamente, que no se nos gobierne de ninguna manera; despreciamos a esos abogados salidos de la clase media, que para codearse con la aristocracia se han hecho gobernantes y comisionistas de lírica."

El Estado de los señoritos pintureros que se creen elegantes está en crisis. Las notas oficiosas, las sesiones patrióticas, la trata de blancos que algunos llaman elecciones, el periodismo plebeyo y amarillento que desconoce la vida real de España, las Juventudes de polizontes mauristas, parecen hoy mil veces más ténues que dos años atrás. Las energías latentes de España empiezan ya a coordinarse en el País, no en el Estado, con los latidos del mundo. Se han desenvuelto por oposición en plena tragedia y Maura mejor que ningún gobernante, Maura que es, probablemente, el mejor de los mauristas (parece que quiso y no pudo proponer el indulto de Ferrer), Maura las ha suscitado como el rayo suscitó la energía profundamente creadora, profundamente ordenada y profundamente defensiva de Franklin.

Una defensa de los libros inmorales.— Lucifer y los Angeles

En el periódico de New York «The Tribune», con motivo de los ataques hechos al libro «Madeleine», recientemente publicado por la casa Harper and Brothers, se ha debatido de nuevo la vieja cuestión de los libros morales e inmorales.

La controversia se originó con motivo de que el crítico literario de «The Tribune», Heywood Brown, en un artículo en que atacaba a ciertas librerías públicas por sus escrúpulos al rechazar ciertos libros, dijo que "la misión de las librerías públicas no consiste en fomentar la moralidad, sino en fomentar la lectura." A estas palabras formuló objeción la señorita E. M. Lewis, quien salió a la palestra en el mismo periódico sosteniendo que

"la negativa por parte de una librería a colocar ciertos libros en sus estantes no equivale a prohibirle a uno que los lea. Estos libros rechazados indican solamente que el comité directivo de la librería, representante del público, los consideraba impropios.

"Puesto que los Estados Unidos fueron fundados sobre principios morales, parece correcto que todas las instituciones públicas mantenidas con fondos públicos tengan en cuenta el adelanto moral de sus ciudadanos y, por lo tanto, el papel de una librería pública no consiste simplemente en fomentar la lectura, sino en fomentar aquella lectura que sea de provecho, o al menos que no perjudique a la moral de las gentes. En otros términos, la lectura por sí misma no es un beneficio para el público, y un libro no debe tener cabida en el salón de una librería pública sólo por ser un libro."

A esto responde Mr. Heywood Brown en la forma siguiente:

"Por supuesto que sería posible replicar a este argumento con sólo preguntar: '¿Qué es lo inmoral?' y el debate llenaría columnas y más columnas. Pero no gustamos de tales porfías. Preferimos más bien tomar resueltamente la posición afirmativa de que todo aquel que limite sus lecturas a los libros llamados morales dejaría de saborear mucha literatura deliciosa.

"Es un hecho notorio que, con o sin nuestra aprobación, un número de artistas literarios ha trabajo siempre partiendo de la presunción de que no hay una definida relación entre el arte y la moral. Quizás estos artistas no han probado que las dos cosas—arte y moral—no puedan combinarse. Realmente, en el momento actual, la tradición puritana es todavía fuerte, y hombres como Shaw y Wells siguen tan empeñados en valerse de la literatura para propaganda de sus ideas éticas como lo estuvo Harold Bell Wright.

"Pero, después de todo, una parte por lo menos del secreto de la buena literatura es la expresión franca de aquello que está oculto en el corazón de hombre. Los irreligiosos podrán decir que esto es siempre alto y noble, pero nosotros los creyentes sabemos que el hombre nació en pecado y que si él revela todo cuanto piensa y siente, siempre habrá en esto algo de la imperfección moral de Adán."

Y en apoyo de este aserto, Mr. Brown presenta la siguiente alegoría:

"Hemos oído decir que antes de que Lucifer saliera del cielo no se conocían las virtudes y los vicios. El mundo estaba equi-

pado con cierto número de rasgos que eran todos cualidades, sin que se distinguiera entre ellas. Pero cuando Lucifer y la cohorte celestial se engolfaron en su eterna guerra, se acordó que cada lado reclutase un número igual de las cualidades humanas todavía sin clasificar. Se echó al aire una moneda y, fuese por casualidad o por un gran milagro, el cielo ganó.

"Yo escojo la santidad—dijo el capitán de los ángeles. Debe explicarse que la selección se hizo sin un examen médico previo y que la santidad parecía en aquella ocasión un recluta mucho más sano y robusto que lo que ha resultado después.

"Dadme a mí la Belleza—dijo Lucifer. Y de aquel día en adelante los artistas del mundo se han dividido en dos partes: unos que desean conquistar la Belleza y otros que desean conquistar la Santidad. Aquellos que querían que el mundo fuera mejor y aquellos que miraban con indiferencia su salvación si sólo podían lograr que resultase un poco más personal.

"Sin embargo, el conflicto no es tan sencillo como parecía. Ya al caer la tarde, cuando el capitán de los ángeles había escogido para sí el Altruismo, la Templanza, la Fe, la Esperanza y la Abstinencia y Lucifer se había quedado con el Orgullo, la Glotonería, la Lujuria, la Cólera y la Imprudencia, faltaban sólo dos cualidades para repartir entre las partes contendientes. Una de ellas era la Pereza y la otra era un sujeto chiquito e inquieto que tenía el sombrero echado sobre los ojos.

"—Cuál es tu nombre?—Dijo el capitán de los ángeles.

'—Verdad—murmuró el pequeño sujeto.

"—Alce la voz—exclamó el capitán de los ángeles tan ásperamente que Lucifer se le quejó diciéndole: 'No olvide que la cólera se me adjudicó a mí.'

—Verdad—volvió a murmurar el pequeño sujeto, con ese mismo tono de voz tan confuso que ha sido siempre la perplejidad del mundo.

"—Yo no le entiendo a usted-dijo el capitán de los ángeles, pero si he de escoger entre usted y Pereza, prefiero probar con usted. Entre en el cuarto ropero y provéase de su arpa y de su halo.

"Ahora bien; hasta hoy el mismo Lucifer tiene que admitir, si uno lo llama aparte, que Verdad resultó el soldado más formidable de todos. Sólo que tiene una tendencia constante a escurrirse y algunas veces no se le puede encontrar ni en un siglo. Después aparece inesperadamente, rompe algunas cabezas y se vuelve a eclipsar. No hay nada que pueda contra él El mejor aliado de Lucifer—Belleza, no le puede resistir. Verdad se sale siempre con la suya. Lo malo es que todavía conserva el sombrero echado sobre los ojos y que todavía tartamudea sus palabras y que nadie le conoce hasta que no está a cincuenta años de distancia y caminando como una centella. A esa distancia parece que su estatura aumenta e invariablemente suele meter la mano en el bolsillo de atrás y sacar su halo y ponérselo para que las gentes lo puedan reconocer. Sin embargo, cuando se topa con uno un momento después, nosotros los simples mortales le miramos a la cara con graves dudas y acabamos por decirle: "Su semblante no me es desconocido, pero en este momento me es imposible recordar dónde y cuándo le conocí.

Si existe algún librero en el mundo—concluye Mr. Brown—que pueda probar que él puede conocer a Verdad cuando lo ve, entonces "sería una cosa espléndida que él censurase no sólo los libros de su propia librería, sino todas las palabras habladas y escritas en el mundo." Pero, a falta de tal librero, Mr. Brown aconseja a los amantes de los libros que sigan leyendo «Thais» y «Las Aventuras de Anatol» y «Las noches árabes», sin prestar oídos a nadie que, investido sólo de autoridad, le grite alarmado: "Este es un libro inmoral."

La fuerza dinamica de la repetición

Un escritor anónimo escribe en el «New Statesman» de Londres un artículo interesante acerca de la fuerza formidable que contiene la repetición en el reino de la vida y de la literatura.

Según este escritor, todo es mentira hasta que no se ha dicho tres veces por lo menos. Para mucha gente sigue siendo mentira que la tierra gire alrededor del sol Fué sólo por virtud de la constante repetición de este aserto que logró abrirse campo como una verdad establecida. De igual modo, la teoría de la circulación de la sangre y la de la evolución sólo llegaron a adquirir rango de verdad después de repetírselas un millón de veces. Y continúa afirmando el articulista:

"Es más fácil el creer una mentira que uno ha oído mil veces que el creer un hecho que uno oye por la primera vez. Nueve décimos de nuestras creencias son sólo una consecuencia de su mera reiteración. Si la verdad logra siempre prevalecer sobre el error, no es sino porque los sabios armados de sus piezas de convicción se repiten a sí mismos más audaz y tesoneramente que los tontos armados de tradición. Para con la masa humana no son las pruebas las que valen, sino la repetición. ¿Qué sabe el hombre común acerca de las fases de la luna, o de la vacuna, o del carácter de los rusos? De todas estas cosas, y de la mayor parte de las cosas, él no cree sino aquello que se le ha dicho más veces. En una generación, cree que hay duendes; en otra generación, cree que no hay duendes. En cada caso su creencia es una superstición a la que se le ha llevado hablándole, no razonándole. Tratad de examinarle en cuanto a las bases racionales de su fe y veréis lo poco que sabe acerca de ellas.

El articulista se refiere después a las oraciones, y dice que en los primeros períodos de la historia humana el hombre llegó a la conclusión de que tanto los poderes celestiales como los infernales podían ser influenciados mediante esta extraña fuerza de repetición. El budista del Thibet tiene una rueda en la que va adherida su plegaria, pues él cree que mediante la repetición mecánica de las palabras sagradas, aun en una tira de papel, puede alcanzar influencia en los cielos. La repetición de las oraciones es un aspecto común de todas las prácticas religiosas, como lo es en el reino de la magia y en el de la vida diaria. Es más difícil negarse a una súplica reiterada que a un simple ruego. La repetición ejerce una especie de hechizo sobre nosotros, y esto es tan cierto en la literatura como en la vida. El poeta fue el primero en hacer este descubrimiento. El estribillo en las baladas y el coro en los cantos populares son la mejor prueba. Además, "una cosa que se ha dicho una vez, parece sólo un accidente. Una cosa que se ha repetido lo suficiente, se coloca en su sitio en el orden natural. ¡Cuán halagador es esto para los fastidiosos! Hasta el hombre original se conquista el oído público menos por virtud de su originalidad que por virtud de repetirse a sí mismo. Matthew Arnold se repetía a sí mismo deliberadamente. 'Dulzura y luz,' 'dulce racionalidad,' 'filisteo,' 'bárbaro,' la poesía es una crítica de la vida'... él sembraba sus frases como las semillas, no una a una, sino a puñados. No tenía confianza en que una frase aislada echase raíses en la mente pública. Con refinada astucia imprimía a sus frases mejores una multitud de cambios. En esto demostró su conocimiento del corazón humano. Los grandes ingenios han puesto a menudo el mismo cuidado para asegurar el éxito de sus salidas. El hombre de un «mot» no está contento con lanzarla una vez. La riega por todas partes como hace una actriz con su fotografía. Esto es tomado por algunos como signo de pobreza de invención, pero el ingenioso, sin embargo, sabe muy bien que hay más probabilidad de impresionar al mundo con un buen epigrama repetido veinte veces que con veinte buenos epigramas lanzados una sola vez. La reputación de brillantez de que gozaba Oscar Wilde, era debida en parte a una economía «casi mercantil» de su brillantez. Cuando se le ocurría un epigrama, lo usaba primero en la mesa, luego lo repetía en un libro, y después lo llevaba al teatro en una comedia. Como resultado de este sistema, el pueblo llegó a conocer sus epigramas, y al conocerlos, se sintió impresionado por ellos.

"Esa «hermana menor» de la literatura, el anuncio, ha reconocido desde hace mucho tiempo el valor de la repetición. Supongamos que el fabricante de unas píldoras famosas se hubiese limitado en sólo una ocasión a dejar caer la afirmación casual de que sus píldoras valían a guinea por caja. ¿Qué hubiera sabido el mundo jamás acerca de ello? ¿Quién hubiera creído en la verdad de su afirmación? Otro fabricante le dió fama universal a sus jabones, repitiendo una y otra vez que 'no servían para lavar ropa.' Cualquiera supone que un jabón podría muy bien poseer más admirables cualidades. Pero la repetición de la frase impresionó al público más que lo hubiera podido hacer el testimonio de un obispo."

Pasa luego el articulista a hablar de lo que influye la repetición en la fuerza del periodismo. El arma mejor—dice—para imponerse al público consiste en repetir las cosas un infinito número de veces. El lugar común crece en fuerza magnética con la rapidez de una bola de nieve. Es imposible imaginar qué número de frases de las que han derribado a ciertos políticos y partidos han tenido relación alguna con la realidad. Si una de las partes tuviese todas las razones y las otras todas las frases, seguro es que esta última vencería.

"Los periodistas saben que si ellos de-

jan caer tal o cual insinuación en un número suficiente de oídos, un número suficiente de veces, miles de personas comenzarán a creerla. Aunque sea lo más contrario a la verdad, se convertirá en el más real de los hechos para una gran parte de la estúpida especie humana. El periodista es una especie de hipnotizador: procede casi siempre por sugestión. El hipnotista murmura en los oídos del paciente: 'duerme, duerme, duerme!,' hasta que la cabeza de su paciente se desploma sobre la mesa. El periodista logra sus victorias más sonadas por el mismo procedimiento. El le repite a su lector: 'Usted sabe que tal y tal cosa es así,' hasta que el infortunado lector acaba por saberlo.... o por creer que lo sabe."

De colaboración

La emoción en el Arte

C. LOPEZ DE TORD

I

Como a manera de prólogo

PARA mí la música, el baile y la poesía, es decir las artes rítmicas, no pueden expresar cosas concretas sino que deben ser meramente emotivas. La prosa, la escultura y la pintura, artes plásticas por excelencia, no emocionan sino al través del símbolo; su natural misión es la de presentarnos el mundo externo, la realidad fuera de nosotros. Y no es el ritmo la única fuente de emoción de aquellas; me parece, por el contrario, que la música, el baile y la poesía modernas son mucho menos rítmicos que las antiguas y son mucho más emotivas sin embargo. La poesía de Walt Whitman carece casi en absoluto de ritmo, hay menos ritmo en los bailes rusos y en la música de Wagner, y la música modernísima, la de Straus por ejemplo, es muchas veces perfectamente arrítmica.

Mi falta de conocimientos técnicos me impide darme cuenta cabal de los elementos emotivos de la danza y de la música además del ritmo y de la melodía en la última; pero en la poesía me parece ver claramente que la belleza está en la palabra misma, dejando aparte su significación. Cada palabra tiene una belleza especial y es fuente inagotable de emoción cuando se sabe escoger adecuadamente.

Tomemos por caso unas páginas de Walt Whitman, el «Song of Myself», por ejemplo, o mejor, «Salut au Monde».

"O take my hand Walt Whitman
Such glidings wonders, such slights and sounds,
Such join'd unended links, each hook'd to the next,
Each answering all, each sharing the earth with (all."

No me atrevo a profanar la belleza de estos versos con una traducción que forzosamente resultaría inadecuada. Estas deslizantes maravillas que son eslabones inacabables de sonidos e imágenes, cada una eslabonada a la que le sigue; que todas lo continen todo y cada una contiene un mundo... en esto está toda la emoción de la poesía moderna.

"Río Janeiro, Lisboa, Nueva York, Valparaíso!..."

¿No os parece que cada una de estas palabras admirablemente escogidas tiene una especial musicalidad, perfume de mujeres de todos los climas; y que todas ellas en su conjunto nos dán la sensación de una vida de extrañas aventuras? Mujeres exóticas y mujeres decadentemente civilizadas, mujeres bronceadas y mujeres rubias; de todas las razas y de todos los temperamentos, con indumentaria primitiva y «toilets» de Broadway y la Quinta Avenida.

"Deja los libros en los estantes, las herramientas en los talleres, el oro en las entrañas de la tierra; no te preocupes de los sermones del predicador, de los argumentos de los abogados, de las decisiones de los jueces... Dame la mano, camarada; abandónate a mi como yo me abandono a ti; y recorramos el mundo, el mundo sin límites de infinitas «vistas» que se extiende ante nosotros." Y en las quince estanzas siguientes pasan ante nuestra vista todas las razas de hombres, todos los ríos y cordilleras, todas las ciudades de Oriente y todas las ciudades de Occidente, todas las religiones, y todos los cultos, y todos los fanatismos, y todas las filosofías: una serie inacabable de hermosas palabras exóticas habilmente escogidas que nos dán la sensación de la grandeza de la tierra y la inmensidad del espíritu del hombre.

Recordemos a la Pawlowa, aquella artista exquisita que recientemente nos reveló la

inmensa emoción que es capaz de comunicar la línea y el ritmo del cuerpo femenino. Cuando la Pawlova quería expresar cosas concretas me parecía mimicar un melodrama de mal gusto. No nos creía a todos preparados para las exquisiteces de la Muerte del Cisne, donde nos dió la pura emoción de una cosa blanca y delicada que a pesar de sus ansias de vida se acaba poco á poco, se va esfumando y se desvanece definitivamente. Sus gestos, sus ademanes, sus actitudes, el ritmo de su cuerpo flexible y delicado; todo contribuye a esta mágica emoción que sentimos y no podemos concretar. Por esto es intensamente bella, pues si la pudiésemos concretar dejaría de ser emoción. El ritmo titilante nos dá la emoción de cosa delicada que se resigna a la muerte; y cuando extiende los brazos y todo su cuerpo se eleva tras ellos, la genial artista nos dá la sensación de cisnes elegantes que extienden sus largos cuellos para cantar el último canto en anhelos infinitos de vida; y cuando su cuerpo se desploma lentamente, y sus brazos caen, y su cuello blanco se dobla, y sus ojos se cierran: expresa el acabamiento final... se esfuma... se desvanece...

¡Divina Pavlowa! Yo quiero traducir la emoción rítmica de tus danzas en palabras... y sueño en remansos donde las aguas se estancan, y los nenúfares en flor tienen palideces de cisne y perfume de muerte, y la neblina nos sugiere el misterio, y las cascadas nos dán la sensación del derrumbamiento final... la muerte.

Con palabras llenas de emoción quiero bailar la Muerte del Cisne. Hay en el diccionario de mi bello idioma nativo palabras de todos matices. Las hay blancas como los cisnes, las hay vagas y vaporosas como la niebla, las hay que tienen claror de luna, las hay que tienen perfume de muerte, las hay que titilan como la vida, las hay que se desvanecen y mueren.

No tiene nuestro idioma las estridencias de Walt Whitman; pero no nos son necesarias para bailar la Muerte del Cisne. El alma eslava de la Pawlova y nuestra alma latina no pueden ser estridentes, porque por desdicha o por suerte no sienten el industrialismo del Norte: para nosotros como para los cisnes no existen más que el amor, la vida y la muerte, que son la Trinidad de la belleza.

Y todas aquellas palabras de mi hermoso idioma nativo las eslabonaré armoniosamente—such gliding wonders!—para que ondulen con el ritmo de tu danza inimitable... ¡oh divina Pawlova!

II

La muerte del cisne

(A la genial artista que tejió en su danza inimitable nuestra blanca emoción de neblina, de cisnes de seda y de nenúfares en flor.)

La he oído, Tasara; estoy seguro de que era ella. Un gemido hondo y plañidero... y me pareció que su voz temblaba, temblaba de frío, un frío atroz que a mí me helaba la sangre y me agitaba los huesos. ¡Tengo frío, mucho frío! musitaban a mi oído en tono quejumbroso. Era ella, Tasara, era ella que te llamaba, sin duda porque se siente sola y desolada flotando en la neblina. No la busques más, estoy seguro de que ha muerto. Dicen que los espíritus recien desencarnados vagan solos por la noche implorando el calor de los seres que han querido.

—¿Fué en la misma quebrada?

—No, en la casa de té, Tasará. La vi tendida en la misma estera donde tú duermes la siesta en el bochorno de la tarde.

—¿Era durante el día?

—No, fué por la noche. Venía yo cargando con la cesta de té. Te llamaba, Tesara, se sentía sola y transida de frío.

Tasara se quedó meditabundo. Sintió un calofrío de pavor correr por su cuerpo, y al mismo tiempo deseaba que llegara la noche para descifrar aquel enigma incomprensible. Hacía días que su amada, su geisha de cuerpo frágil, había desaparecido y nadie sabía dar cuenta de ella. Sus padres la habían buscado en vano por todas partes; el había recorrido toda la plantación de té. Tuvo la visión de un pajarillo acurrucado entre las ramas que gime sus últimos trinos mientras el frío eriza las plumitas blancas de su pecho que se desgarra.

Al atardecer Tasara se dirigió a la casa de té, en lo más hondo de una cañada, colgada encima de un peñasco cortado a pico sobre las aguas del torrente. Las wistarias floridas recubrían su techumbre. Había una neblina muy densa. En un remanso divisó la silueta de dos cisnes blancos que se zambullían arqueando con elegancia sus largos cuellos que parecían de espuma. Sopló un viento fuerte que se llevó la neblina, y la luna—una luna pálida con claror de muerte—alumbró el puente de bambúes suspendido sobre el torrente que se desbordaba entre las rocas. La espuma del torrente bordaba encajes que se perdían en la neblina arrastrada perezosamente a flor de agua. Por el puente se divisaron las siluetas de unos hombres que corrían silenciosamente, encorvados bajo el peso de sendos fardos que colgaban de las extremidades de unos palos.

—¡Tengo frío, mucho frío!—musitó a su oído la voz plañidera de Taotsé.

—¡Taotsé, mi querida Taotsé! El terror paraliza mi corazón, pero necesito verte y saber si es tu espíritu vagabundo el que me habla.

Y encima de la estera le pareció divisar el cuerpo de su amada, un cuerpo etéreo como los cisnes del remanso, un montón de plumas blancas que se agitaban en un temblor imperceptible. Y a lo lejos, en el remanso de los nenúfares, la luz iluminó con todo su brillo de plata los dos cisnes blancos que nadaban lentamente entre las blancas flores.

—Acércate, Tasara... ¡Tengo tanto frío!... Mi cuerpo se pudre entre los nenúfares del remanso. Su olor se confunde con el perfume de muerte de sus blancas flores. ¿Ves la espuma que se agita? No son los cisnes blancos; soy yo que me siento aterida de frío y me voy pudriendo. ¡Tan sola!... Tasara, quiero abrazarte antes de desvanecerme en la neblina. Tiéndete a mi lado. Estas son nuestras nupcias de muerte... Tiéndete a mi lado, Tasara; deja que por última vez mi cabeza descanse sobre tu corazón. ¡Cómo late! Este calor me dá vida. Acércate, acércate más. ¿Percibes mi aliento? ¡Qué débil es!... Ya no puedo cantarte, como en otro tiempo, aquellas canciones que tu encontrabas tan dulces.

—Mi madre me arrastró por los cabellos. Quería que le revelara tu nombre. No, no es Tasara mi amado. Fué un extraño peregrino que venía de lejanas tierras el que me sedujo y gozó de mi cuerpo. ¡Que voluptuosidad sufrir por tí! Acércate más, Tasara; calienta mi cuerpo transido... El misterio de nuestro amor lo he llevado a la tumba... no, flota con mi cuerpo blanco en el remanso perfumado por los nenúfares en flor... Y mi madre me arroja al torrente que me envuelve y me arrastra y me precipita en la cascada... allí... cerca de aquella orilla donde nosotros ensayábamos nuestro amor al claror de la luna. ¿Fué solo una ilusión, Tasara?... Y luego siento la noche dentro de mí ¡el vacío!... como si mi alma se desprendiese suavemente de mi cuerpo, y subiese... subiese... arriba... con la neblina que el viento agitaba.

—¿Tú también tienes frío, Tasara?... Yo no quiero que te mueras. Vive, vive para que sigas enseñando nuestro amor.

—Taotsé, mi amada; mi amor es muy grande, mi corazón palpita con ardor. Te siento viva a mi lado... mi amor te resucita. Resurja tu cuerpo entre los nenúfares floridos, para que te abrace con el mismo ardor con que poseí tu cuerpo, tu cuerpo divino...

—Acércate más, Tasara. Oye... ¡Quedo al oído!... Tu amor palpitaba en mis entrañas... y dí a luz en el remanso... ¡Qué dulces y atroces dolores sufrí por tí, Tasara! El fruto de aquel amor que fué tan grande que todavía me hace palpitar el corazón, fué un miserable renacuajo que las aguas arrastraron. ¡Sola!... ¡Sola!... Grité, agité desesperadamente los brazos, y nadie me contestaba... y pasaban, pasaban lentos a mi lado otros seres tan etéreos como yo. ¡Sola!... ¡Sola!... flotando aterida entre los nenúfares del remanso.

La neblina se hizo más densa. La luna se apagó. Los cisnes del remanso juntaron sus cuerpos ateridos, estiraron sus cuellos como en un último estremecimiento de vida... y fueron un montón de cosa blanca, de cosa muerta que dejó de titilar y se disipó en la neblina. Tasara sintió el frío del abrazo definitivo de la muerte, y su corazón se apagó.

... ...

El sol triunfante remontó la cima de las colinas e iluminó ardoroso el fondo de la cañada. Se disipó la neblina y se cerraron las flores blancas de los nenúfares y de los lotos. La naturaleza reverdeció; y de aquel sueño de amor que duró una noche, sólo quedaba el cuerpo flotando de los dos cisnes confundidos, un montón de plumas blancas que la corriente arrastró.

Un cogedor de té encontró el cuerpo de Tasara, yerto, tendido sobre la estera. Sus ojos estaban abiertos y llenos de misterio, su rostro sonreía como si soñase en el amor, y en la muerte que es más fuerte que el amor.

A las pocas horas un pescador descubrió el cuerpo diminuto y frágil de Taotsé, vestido de kimono blanco; la tez pálida empezaba a descomponerse, el pelo negro y suelto ondulaba al ritmo de la corriente... el cuerpecito delicado de aquella geisha que ya no cantaría más sus cantos dulces, aquel cuerpo tan frágil que tronchó la vida y el amor.

Los enterraron juntos y un bonzo piadoso echó la última paletada de tierra sobre la tumba de los amantes. De sus labios oyeron los cogedores de té la plegaria a Budha, la plegaria de despedida... Con el amor, la vida y la muerte habían tejido y seguirían tejiendo el karma misterioso de los amantes, cuyo espíritu flotaba invisible entre los nenúfares del remanso, los nenúfares en flor.

Hombres de letras

OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

Francisco García Calderón y "El Dilema de la gran guerra"

Desde aquellas páginas tersas y consistentes que García Calderón tituló «Profesores de Idealismo», este escritor peruano se impuso en el mundo literario como un crítico de verdadera personalidad y un pensador original, ornado de aquellas cualidades de claridad, precisión, orden y armonía, que son para mí indispensables elementos de todo estudio ideológico sobresaliente. Era ese libro una exposición magistral del movimiento filosófico, social y literario de hace un decenio, que le valió el aplauso general de la crítica seria.

Ya antes había publicado el joven autor «Hombres e Ideas de nuestro tiempo» con prólogo de Boutroux, quien lo llamaba "espíritu abierto y curioso, observador atento y ardiente, concienzudo e inteligente" y «Le Perou Contemporain» con prólogo de Gabriel Seailles, en donde este ilustre profesor de la Sorbona afirmaba sin ambajes que García Calderón "era un joven peruano que conocía admirablemente la Francia, su historia, sus escritores y sus filósofos." «Hombres e Ideas de nuestros tiempos» y «Le Perou Contemporain» eran dos obras sesudas, de hondura ideológica, de sólido estudio, que revelaban ya una vigorosa personalidad y un maestro de la nueva generación.

Después de los «Profesores de Idealismo», que, como he dicho, acaso afirmaron la modalidad crítica de García Calderón, su pluma fácil y vigorosa hizo el análisis acabado del desenvolvimiento social de los pueblos americanos de civilización latina, en dos obras definitivas: «Les Democraties Latines de L'Amerique» escrita en francés, con prólogo de R. Poincaré, y «La Creación de un Continente», escrita en castellano nervioso y correcto. Ningún escritor del Nuevo Continente había podido dar antes una idea tan exacta de la vida social, política y económica de nuestras democracias, ninguno tampoco había hecho un análisis más inteligente y comprensivo de los elementos étnicos, tan complejos, que determinaron nuestra raza y nuestra psicología colectiva. "Su americanismo, ha dicho Gonzalo París, es casi religioso: ninguno como él ha sabido diseñar con rasgos precisos la evolución de estos pueblos; pocos habrán experimentado una inquietud tan honda ante las cuestiones que atañen a la vida presente y al futuro desarrollo de Hispano-América, y en vano se trataría de hallarle par en el cariño con que apoprta la contribución de sus luces para iluminar la senda que han de recorrer nuestros jóvenes países."

Ese cariño intenso es el que le hace decir con galanura y calor de estilo inimitables, aquel final lírico de su libro: "Una extraña predestinación parece reservar al Nuevo Mundo la gloria de futuros inéditos. Lo anuncia un poeta en la serenidad de las noches áticas; es la Atlántida de Platón. Lo adivina un visionario en la loca incertidumbre de sus carabelas. Allí comienza, como en la profesía virgiliana, un nuevo orden de siglos. Atrás, en el pasado brumoso, quedan las castas irreductibles y los tronos macizos. La América es tierra de libertad, el ensayo final de un planeta fatigado que aspira a redimirse de sus primeras creaciones. Todas las razas se congregan para realizar en el Continente el milagro esperado. Nuevas estrellas violan el misterio de las selvas confusas, y en la tierra amorosa centuplican su virtud generadora los antiguos gérmenes. Se suceden en este mundo absorto rutilantes epopeyas, desde la odisea de una raza hidalga, hasta la guerra a muerte por la libertad. A orillas del Plata heráldico, Buenos Aires tentacular, Montevideo reformadora; en la rumorosa majestad del Trópico, Río de Janeiro, dominadora, anuncian por su imponente avance la futura grandeza de las naciones fraternales: sobre lentas crisálidas adivinamos ya el dorado vuelo de alas audaces. Crece el capital de gloria humana: la romántica locura, el desinterés, la anarquía viril que es la embriaguez de la libertad, la ambición de dominar el aire, de vidar con rieles audaces el flanco de las cordilleras, todas las formas del heroísmo vesánico florecen en esta América desmesurada y pródiga. Quizás está ella destinada, desde el origen de los tiempos, a que en sus amplias mesetas nazca, hijo del Sol, como en la Leyenda de los Incas imperiales, señor de las cumbres orgullosas y de los ríos tutelares, avasallador y solitario, el Superhombre."

La obra de García Calderón, bella y jugosa, ha sido al mismo tiempo muy variada y extensa. Muestra de ello son, además de las obras que hemos citado, dos volúmenes

que acaban de llegar a nuestras manos, «El Dilema de la Gran Guerra» y «Hombres e Ideas de nuestro tiempo», una selecta colección que ha hecho la Editorial América, en donde se reproducen, entre varias piezas más, el soberbio estudio sobre Bolívar, el otro sutil y penetrante sobre la crisis del bergsonismo y aquel ensayo tan intenso, tan comprensivo y tan claro de las corrientes filosóficas en la América Latina, que es la más bella lección de filosofía, dada por un maestro joven a la juventud de América.

«El Dilema de la Gran Guerra» es el último libro de nuestro autor, que él dedica a la memoria de su hermano el Subteniente José García Calderón, de la Trigésima Compañía de Aeronaves, muerto en el campo de honor de Verdún el 5 de Mayo de 1916. Un dilema que se resuelve en batallas, tal es, según el joven filósofo, el íntimo sentido de la gran guerra. Y en su libro estudia las manifestaciones fundamentales de esa oposición entre la doctrina teutona y el pensamiento occidental, que son radicalmente antagónicos: "De una a otra orilla del Rhin cambia, diría Pascal, la verdad." Y demuestra García Calderón, después de estudiar la función de la guerra, el estado y la democracia, el nacionalismo contra el universalismo, el imperio, la raza tutelar y el espíritu de los dos testamentos, el antiguo y el nuevo, en relación con el imperio y la república, que no caben soluciones intermedias a la disyuntiva tracendental que están resolviendo las batallas. "Si solo chocaran intereses, dice él, sería fácil la paz. Las ideologías contrarias prolongan y exacerban el odio de los beligerantes. El valor de una u otra doctrina, de la barbarie sabia y trágica, o de la civilización armoniosa y liberal, de un ideal de paz o de lucha, de la sombría unidad o de la diversidad elegante y fecunda, de la fuerza y de la piedad o de la rudeza y de la gracia, será definido no en elocuentes congresos sino en combates infatigables.

No sin tribulaciones y nuevos conflictos. Nuestro tiempo en que pusimos una altísima esperanza es otra «edad media» que anuncia futuras épocas de bronce después del fausto, del abandono y de la sutileza. El optimismo sufre y nos abandona la quimera porque solo dominará en la tierra injusta cuando haya despilfarrado el hombre un inmenso capital de pasión y de sangre. Afanosamente buscamos entre el despotismo asirio y la libertad excesiva una realidad intermedia, durable y saludable.

El orden engendra la dureza, la autoridad conduce al absolutismo, el individualismo degenera en anarquía, la paz trae el egoísmo, la guerra devuelve a la bestia dominada su terrible furor antiguo. En Occidente se busca otra vez la urgente solución de la perpetua incertidumbre humana. Un grupo de pueblos generosos va a impedir el más grande retroceso moral que amenazó a una civilización pulida y serena. Su ímpetu revolucionario se trasmuta en fuerza conservadora: defiende la tradición cristiana, el legado de las más puras civilizaciones, su fe en la razón y en la libertad. Y en el clamor de la tierra, avanzan los héroes de esta inaudita caballería a buscar la complicidad de Dios."

Fervoroso admirador de la filosofía francesa, discípulo de Bergson y Boutraux, García Calderón no puede ocultar tampoco sus simpatías por la causa de Francia, que es la causa de la humanidad nueva. Del germanismo, lo confiesa francamente, sólo puede esperarse una tiranía inquieta y un orden que prepare nuevos combates. "La simpatía del mundo viene a Francia, en quien se encarnan las ideas de libertad y diversidad. Es la nación mesiánica que defiende intereses universales. Al entusiasmo de los continentes se agrega la predilección de las inteligencias. Será más profundo el instinto en Alemania, más violenta la pasión en Italia, el orgullo más robusto en España; en Francia está la sede inconmovible de la razón. De Grecia llegó Minerva a París y levantó, en la colina de las escuelas, su templo elegante. Los elogios de Renán y de Maurras al genio ateniense, a la clara y dulce Cualidad victoriosa del Número, a la gracia semidivina de la razón, a la diosa cuyo culto significa sabiduría y cuyo orden es imagen de la estabilidad; se aplican también a la nación que prefiere la armonía a la abundancia, la perfección al orgullo de la fuerza y de la riqueza; a la Legisladora del mundo actual que es también, como la antigua, fuente de las constituciones justas. En Alemania, la idea sirve a las pasiones; el pensamiento, según Novalis, es el sueño del sentimiento adormecido. En Francia, nada turba su soberanía, ni el tumulto de los afectos ni las rebeldías del instinto. La pasión es, dice la fórmula cartesiana, un precipitado de ideas. Un biólogo que fijó los caracteres de las razas enemigas, M. René Quinton, explicó admirablemente que la inteligencia francesa es un órgano diferenciado que se separa de la sensibilidad y se ejercita libremente sin el cuidado de consideraciones inferiores. La duda y la crítica mantienen su primacía a despecho del sentimiento. En los alemanes permanecen confundidas la inteligencia y la sensibilidad y ni

la historia ni la ciencia son disciplinas serenas."

Francisco García Calderón es uno de los apóstoles más «augurales» y optimistas que tiene hoy la civilización latina. El orden, la claridad, la simetría, la gracia, la razón moldeada por las reglas eternas de la Belleza, la civilización armoniosa, clara y evangélica, hé aquí la fórmula de su filosofía de serenidad imperturbable. "De Sócrates ha referido uno de sus discípulos—escribe Gonzalo París—que a menudo llevaba consigo, de paseo, por las márgenes verdeantes del Cefiso, a algún joven de los que iban a aprender de su labios la sabiduría, y que le ha-

plir casi los setenta y cinco años de existencia, una existencia consagrada enteramente a las letras y a la patria. Debe de haber muerto satisfecho este don Benito Pérez Galdós, porque ningún escritor como él ha podido asistir en vida a la inauguración de su estatua y ninguno tampoco, en España al menos, se ha elevado tan conscientemente un monumento literario de cimientos tan sólidos y de tan acabada ejecución.

La figura de Pérez Galdós sólo puede encontrar paralelo con la de Balzac, por su fecundidad y su fuerte intelectualismo, y con la de Dickens, por la agudeza de observación, el esfuerzo creador y el espíritu artís-

tas y los explotadores de la superstición humana.

Fuera de sus tendencias doctrinarias, el genial autor ha concebido la novela como la reproducción cálida y exacta de la vida en todas sus faces. "La novela—dice—es la imagen de la vida, y el arte consiste en reproducir los caracteres humanos: las pasiones, las debilidades, la grandeza y la pequeñez; las almas y las fisonomías, el espíritu y la materia que nos constituyen y nos rodean; el lenguaje, que es la marca de la raza; la casa, signo y centro de la familia; el vestido, manifestación exterior y última de la personalidad; y todo eso, sin olvidar que es preciso mantener la balanza en el fiel, entre la exactitud y la belleza de la reproducción."

La labor del novelista es también de una amplitud extraordinaria por la abundancia de obras. Desde su primera novela «La Fontana de Oro», publicada en 1870, no dejó pasar un solo año sin que diese alguna a la estampa. El mismo, para caminar por la selva de sus libros, ha tenido que dividirlos en grupos, especialmente aquellos en que con tanta habilidad cultivó la forma anecdótica de la historia, sus «Episodios Nacionales», que tienen casi las proporciones de la novela histórica y de costumbres. Son ellos, según Menéndez Pelayo, "una de las más afortunadas creaciones de la literatura española en nuestro siglo: un éxito sinceramente popular los ha coronado: el lápiz y el buril los han ilustrado a porfía; han penetrado en los hogares más aristocráticos y en los más humildes, en las escuelas y en los talleres: han enseñado verdadera historia a muchos que no la sabían; no han hecho daño a nadie y han dado honesto recreo a todos, y han educado a la juventud en el culto de la patria. Si en otras obras ha podido el señor Galdós parecer novelista de escuela o de partido, en la mayor parte de los «Episodios» quiso y logró no ser más que un novelista español; y sus más encarnizados detractores no podrán arrancar de sus sienes esta corona cívica, todavía más envidiable que el lauro poético."

Un inquieto espíritu de novedad, una avidez cuasi morbosa de producción y perfección y una conciencia artística nunca satisfecha, fue lo que llevó a Galdós con sus mismos bríos de revolucionario austero al campo eternamente seductor del teatro. Autor dramático, el novelista no pierde la concepción potente, ni la firmeza de desarrollo. Acaso su defecto esencial consiste en el exceso de tesis, en que abruma a pensamientos y a metafísicas a sus personajes. "La lógica tremenda del autor perjudica en ocasiones a la naturalidad del diálogo,—ha dicho uno de sus más entusiastas admiradores.—Preguntas y respuestas, argumentos y réplicas, se suceden con dialéctica formidable; matiz por matiz, vanse atisbando los interlocutores pensares y sentires, y van de ellos exprimiendo jugo y aroma, con seguridad de juicio rayana en lo implacable; y así faltan en el decir las divinas incoherencias, los balbuceos maravillosos, que acusan el paso de la vida por los reinos de la intelectualidad. Así no existen las emociones dormidas del silencio, las íntimas palpitaciones hechas carne en palabras que suenan a enemigas y son amparadoras."...

Es que, pasando de la novela al drama, la cualidad de sermoneador se cambia en defecto, porque la pesadumbre de la idea quiebra las ramas ligeras y frágiles, que son el complemento de gracia y armonía en el árbol frondoso de la vida.

Mas sean cuales fueren los defectos de Pérez Galdós, es preciso reconocer que hizo obra personalísima, independiente y varonil, realista y nacional a la vez, como la de Cervantes; y puede afirmarse de sus obras, como del Quijote, que ellas durarán lo que dure la lengua castellana y mientras la historia de España no pierda la veneración de su pueblo heroico y patriota.

El valor de las palabras

J. M. BLAZQUEZ DE PEDRO

Las voces articuladas por los seres humanos tienen sin duda un valor justo, preciso, matemático, fuera del cual pierden su expresividad potencial y su eficacia demostrativa, viniendo a quedar anuladas en grado mayor o menor. Puede decirse que los vocablos entrañan, como todo, una especie de psicología, que constituye la esencia de la vitalidad de los mismos. Según que se conozca o que se desconozca tal psicología, los vocablos resultarán vivos o muertos, luminosos u oscuros, convincentes o ridículos, bellos o feos, sustanciales o vacuos.

En ocasiones, una sola palabra, cabal y

aplicada con tino, basta para significarlo todo. En muchos casos, numerosas palabras no significan nada o significan muy poco, por ser desatinadas, por haberlas dado una valía superior o inferior a la suya propia y verdadera. Hay palabras que, con sólo ser emitidas del modo más simple y escueto, producen recia emoción y hacen pensar altamente. Hay también otras palabras, repetidas sin cesar y siempre inadecuadas, escoltadas y adornadas por muchas hermanas suyas en la desorbitación, que llegan a los oídos, sin causar la más ligera impresión en el sensorio ni en la mente.

Siempre los abusos concluyen en las atrofias. Todo lo que se gasta con demasía se desgasta prematuramente, y viene a caer en la invalidación. Este axioma biológico, siempre cumplido en todos los aspectos y fenómenos de la Vida, se cumple de acentuada y ostensible manera en las palabras; por ser estas unas formas expositivas universales y multiformes, sujetas como pocas a las influencias del ambiente, a la evolución y a la corrupción, tan persistentes cual inevitables. Así, algunas palabras han sido inutilizadas por el desuso, y otras no escasas por el abuso; hasta el extremo de que las primeras son lo mismo que si fueran de un idioma extraño, y las segundas de un idioma más extraño aún, por completo inodoro e incoloro e insípido, en fuerza de ser y más ser y volver a ser retorcidas y desvirtuadas por un empleo siempre indebido.

La voz «ilustre» ha terminado por ser una de las nulificadas plenamente, al menos en España. Consumida del todo, por haber sido prodigada con el furor más abusivo, ya no sugiere ni el más ínfimo concepto, ya no contiene ninguna validez. Si alguien lo dudara, que siga leyendo.

En el diario de Madrid «La Jornada», número correspondiente al 2 de Marzo de 1919, leyendo a saltos, encuentro:

Un artículo rotulado "La Vida Hispanoamericana.—El nuevo Presidente del Uruguay," relatando los méritos del doctor Baltasar Brum, al cual se concluye por llamar «ilustre» publicista.

Debajo de este artículo, un fotograbado, a cuyo pié dice: "Boda de la bella señorita Susana Maura y Gamazo, hija del «ilustre» hombre público don Antonio Maura, con el abogado don José María Semprún."

Poco más adelante, dos cartas encabezadas así: "El Cartel del Círculo de Bellas Artes." La primera comienza: "Señor presidente del Círculo de Bellas Artes.—«Ilustre» amigo:" La segunda concluye: "para los «ilustres» señores que constituyen el Jurado calificador."

A seguida un suelto, que se titula "Boda de un periodista." En él se nombra, como testigo, al «ilustre» director del «Diario Universal», don Daniel López; y como concurrente, al «ilustre» escritor don Alfonso Pérez Nieva.

En la sección de "Tribunales," con el subtítulo de "El lápiz de Bagaría," un suelto que principia: "Sabíamos que era admirable el lápiz de nuestro «ilustre» amigo el señor Bagaría."

Dejo «La Jornada», y tomo «La Correspondencia de España» del 10 de Marzo de 1919. En tal número del viejo diario madrileño, leyendo también salteadamente, voy tropezando con:

Un telegrama, inserto en la segunda página, epigrafiado "Viajero «ilustre», y que se refiere al ex-presidente del Consejo de ministros inglés lord Asquith.

Poco después, en la sección "Mundo Eclesiástico," un sueltecito que copio íntegro: "El prelado de Segovia, doctor don Remigio Gandasegui, ha sido obsequiado con un precioso album, debido a la iniciativa de las «ilustres» damas marquesa de Lozoya, doña Amparo Pons, marquesa del Grove y vizcondesa de Altamira.—Ostenta el album la siguiente dedicatoria: "Las señoras de Segovia a su amantísimo prelado, el sabio doctor don Remigio Gandasegui."

A renglón seguido, el "Gran Mundo," sección en la que se habla de la duquesa de Fernán Núñez y sus hijos, y de los huéspedes de esta «ilustre» familia; y se notifica: "Hoy lunes se cumple el tercer aniversario de la muerte de aquella «ilustre» y bondadosa dama que se llamaba doña Asunción Beranger."

Algo más adelante, "Vida deportiva," donde se anuncia que: "el «ilustre» presidente de la Sociedad cultural deportiva, doctor don Francisco Bartrina Costa, disertará sobre el tema 'Gimnástica respiratoria.'"

Después, "Noticias e informaciones teatrales"; en ellas es llamado Benavente, insigne y más luego «ilustre».

Por fin, un artículo, con los epígrafes de "Teatro Real.—El Avapiés," en cuyos primeros renglones se lee: "Los prestigios literarios del «ilustre» Tomás Borrás y los méritos ya consagrados de los no menos «ilustres» compositores Del Campo y Barrios."

Suelto «La Correspondencia de España», y es cogida por mis manos «La Jornada» del 16 de Marzo de 1919. Enseguida, fijo mi mirada en un fotograbado, debajo del cual expresa: "Té celebrado ayer tarde en el Hotel

Ritz en honor y desagravio del «ilustre» artista Salvador Bartolozzi, que triunfó en el concurso de carteles de Bellas Artes."

Paso a ojear «El Liberal» del 19 de Marzo de 1919. A poco de iniciada la salteada lectura, me interesa un artículo corto, cuyos encabezamientos son estos dos: "Una satisfacción nuestra.—Los «reporters» y Zozaya." En sus líneas, se aplican al mencionado escritor varios calificativos, entre ellos el de «ilustre».

Prosiguiendo mi ojeo, salto a «El Liberal» del 15 de Abril de 1919. Sus columnas me brindan:

En el lugar de "Conferencias", un suelto, referente a doña Sofía Casanova, que principia: "La «ilustre» escritora dió ayer."

Y un articulito, titulado "En honor de un poeta.—Banquete a Fernando López Martín," en cuyas líneas aparece la denominación de «ilustre», conferida entre otras al poeta festejado.

Y basta. Porque de seguir, jamás con tanta razón pudiera decirse que "sería el cuento de nunca acabar."

Si alguien tuviese paciencia bastante para completar mis rápidas observaciones, contando prolijamente todos los «ilustres» de la Prensa española, resultaría de fijo que, sólo en unos meses, cada diario, con excepción de muy pocos, había tributado cientos de veces la martirizada palabreja. Y al cabo de un año no más, después de una requisa y una suma, por entre todos los periódicos y revistas de España, se descubriría con estupefacción que la cifra de los y las «ilustres» era superior a los veinte millones de habitantes que cuenta España, incluyendo los niños y los analfabetos.

Con todo lo que antecede, no trato de discutir ni regatear precisamente los méritos de nadie. Sólo quiero evidenciar que, derrochando así el vocablo, se le priva de toda su jugosidad significativa. Si todo el mundo es «ilustre», vendremos a parar en que no lo es nadie; y en este caso, habría precisión de abolir de plano el calificativo. Nominar «ilustre» a Benavente, a Zozaya, a Bartolozzi, a Bagaría y a otras personas de innegables valores, a la par que al «ilustre» osado don Antonio Maura y después de tanto y tanto despilfarrar la palabra, equivale a no llamarles nada o a burlarse de ellos.

A no ser que se pretenda vulgarizar la palabra. Pero entonces, fuera una injusticia no aplicársela en absoluto a todo quisque. Y se impondría la necesidad de escribir, en el comienzo y en el sobre de todas las cartas, "ilustre señor don," "ilustre señora doña," "ilustre señorita doña." Con lo cual se perdería el tiempo, mucho más de lo que ya lo pierden casi todos los españoles (entre los que no me cuento) y numerosos hispanoamericanos, al escribir "Señor don." Este formulismo de cortesía epidérmica no es más que una servil y enorme redundancia, pues "don" es abreviación de "dómino," voz latina que significa "señor." Por tanto, escribir "Señor don" representa lo mismo que si se escribiese "Señor señor."

Hasta en los propios diarios que tomé al azar, como podía haber tomado cualquiera otros, encuentro la justificación plena de cuanto dejo investigado. El ya mencionado número de «La Jornada», de 2 de Marzo de 1919, me ofrenda un articulito, que se rotula "Música.—Juan Manén," y va firmado por J. C., en el cual consta un párrafo que asevera: "Como los adjetivos, a fuerza de usarse, han perdido todo su valor, nos hallamos los críticos en circunstancias difíciles cuando hay que aplicárselos a un verdadero artista."

Idénticamente, cabalmente, eso es lo que manifiesto y patentizo yo, refiriéndome de modo concreto al adjetivo «ilustre».

En el mismísimo número de «La Correspondencia de España», que ya mencioné también, existe un expresivo y no largo artículo, que pregona en su cabeza "Lo del día. —El buen sentido," y cuyo comienzo sostiene sin ambages: "Es incomprensible que se persista en vivir, por lo que a España se refiere, a espaldas de la realidad." Estoy conforme, de toda conformidad; y por lo tanto creo que llamar «ilustre» a todo bicho viviente no es otra cosa que "vivir a espaldas de la realidad."

Todo el sabroso documento sigue dándome la razón, línea por línea; pues, aunque va dirigido francamente a las cuestiones políticas y sociales, no juzgo admisible que se deba tener un criterio para tales cuestiones y otro, muy distinto, para las cuestiones periodísticas. Para saturar la prueba, copio unos párrafos más: "Los tiempos han cambiado. Esa es otra gran verdad."...

"Habrá que adelantarse a los acontecimientos. Pretender luchar contra la corriente, es simplemente ser suicida."...

"La prudencia aconseja amoldarse a las nuevas normas jurídicas y a las nuevas fórmulas políticas."

¿Y por qué la Prensa española, que pide renovación en lo jurídico y en lo político, no ha de renovarse también ella misma, evitando que ciertos adjetivos queden nulificados y degradados, por haberlos agotado con malbaratadora febrilidad?

Paréceme que la renovación de la Prensa española no será completa y armónica, por

más que se vaya realizando de veras en otros sentidos, en tanto que los directores de periódicos y revistas de España entera no digan a todos los redactores, poco más o menos: Estimaré a ustedes procuren usar siempre los adjetivos con parquedad y con justicia; y sobre todo, por lo que más quieran, espero no vuelvan a recordar en muchos años, para nadie ni para nada, el retesobadísimo «ilustre».

Y una vez emprendida tan purificadora y serena orientación, me permito considerar que debiera llegarse a la supresión total de los adjetivos, en la mayoría de los casos tan siquiera. La revisión incesante de valores y la depuración creciente de las sustancias y de las formas van señalando la necesidad, a todos conveniente, de que los nombres de las personas, por si solos, sin más aditamento, lo expresen todo en grado suficiente. Si los nombres desnudos no conducen en sí la noción clara de lo que son los seres que los usan, de nada servirán los más encomiásticos afeites adjetivadores. Son los hechos propios, no los calificativos ajenos, los que dan y deben dar en definitiva culminación valiosa y prestigio duradero a cada cual. Por ejemplo, con solo pronunciar los nombres de Cervantes, Shakespeare y Víctor Hugo, está dicho todo; cuanto se agregue resultará innecesario y por consecuencia inexpresivo y estorbador. Así deben ser los nombres de todos los seres y de todas las cosas, cada uno dentro de su radio de actividad.

Concluyo con esta pequeña pero decisiva bomba de sinceridad, fabricada por el exministro Angel Urzáiz: "Todos somos «ilustres», insignes, elocuentes y hay que ver cómo tenemos entre todos a este desventurado país. La situación de la Hacienda estimo que mejoraría, pero con hombres aptos."

Ni una palabra más por mi parte.

Carta a un inaccesible

MERCEDES NEGRON MUÑOZ

Azorín, alma-espejo, rincón de idealidad en donde me refugio ávidamente todavía, ¿eres así, eres estoicamente así como te me dices, feo y limpio, y estás ante la vida sereno, sosegado, inmutable? En la eterna perenne lucha, tu individualidad, tu soledad triunfa de la colectividad rumiante, o la colectividad te arrastra, te adhiere y hace de ti un jirón más, humillado y absurdo?

Cuando tus alas te anticipan el hastío al amor, la serenidad a la exaltación, la muerte a la vida.... llenas tu mundo, no de ti solo y sí del infinito todo, miras aquel paisaje, escuchas aquella sonata, te duermes... sueñas... despiertas... ¿te das cuenta entonces, entonces y siempre, Antonio Azorín, de que esto del amor, esto de sólo uno propio y siempre uno propio, es una cosa inevitable y despreciable, una cosa que nos ha vuelto a todos muy cansados y muy tristes y que sin embargo no valía la pena?

Cuando otros exaltados de la vida hablan ¡cuán irónico, cuán desalentador el choque de sus cosas infladas, vacías, con nuestras cosas rotas! En cambio, ¡cómo serenas, cómo te confundes con nosotros tú, Antonio Azorín, tú cuyas cosas son ténues, impalpables, infinitas, cosas de la vida y de la muerte, cosas tuyas y mías y de unos cuantos solos!

Azorín, rincón de idealidad en dónde me refugio ávidamente todavía... si alguna vez llego a la fuente de tus hilos, ¿te hallaré así, estoicamente así como te me dices? ¿Serás ya acaso un viejo, un viejo que tendrá en los ojos la vaga sombra de todos los sueños muertos; leerás aún el Quijote; atisbarás melancólicamente hacia el paisaje, y en las tardes lentas y pausadas de otoño (cuando tu ser ya sienta la nostalgia suprema, la nostalgia de disgregarse, de confundirse con la bruma infinita de las cosas) se hermanarán el alma del otoño, el alma de la tarde y el alma de tu vida?

Azorín, mi hermano Azorín: te voy a contar un cuento. Este era un Príncipe, lejano pero existente, que había de llegar a un sitio algún día... Jinete en bríos y blancuras, caballero en brilos y suavidades, habría de llegar, ¡ah sí!, algún día habría de llegar, gallardo, intrépido, veloz... ¡Cómo, bebiendo a sorbos la vida, corría El, impávido, detrás de la Muerte...!

Y esta era una niña que aguardaba a ese Príncipe...

Y este era un Príncipe que nunca llegó...